

# Renuncia del papa: lo extraordinario podría ser ordinario

---

**Juan Hernández Pico**

## Haciendo historia

En uno de los cónclaves más breves de la historia de los papas, Joseph Ratzinger fue elegido “obispo de Roma y sucesor de san Pedro” el 19 de abril de 2005. Fue elegido el segundo día del cónclave, en la tercera votación. Las palabras que he entrecomillado son las que el mismo Benedicto XVI eligió como denominación de su oficio el día de su renuncia, el 11 de febrero de 2013. Casi ocho años después de su elección, anunció que se sentía “demasiado débil corporal y espiritualmente para ejercer el ministerio petrino... en un mundo sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve”. Era la primera renuncia de un papa después de que un monje ermitaño, que tomó el nombre de Celestino V, lo hizo a los cinco meses de ser elegido, reconociendo que su vocación no era gobernar la Iglesia. Para su desventura, su sucesor, Bonifacio VIII, lo encarceló hasta su muerte, no fuera a ser que se le ocurriera más tarde reclamar su cargo. La Iglesia declaró santo a Celestino V, mientras que Bonifacio, a pesar de sus ansias de manejar “las dos espadas”, es decir, el poder espiritual y el material, acabó humillado por el rey de Francia y también pasó algunos de sus últimos días en prisión. Todo esto había ocurrido entre la última década del siglo XIII y los primeros años del XIV, es decir, hace más de setecientos años. No se puede negar, por lo tanto, que Benedicto XVI está haciendo historia. La obligación cristiana de los cardenales que entren al cónclave será elegir a un verdadero y auténtico seguidor de Jesucristo. Así también harán historia.

## Una desmitificación del cargo: no solo el derecho, también el deber de renunciar

Varias cosas son muy importantes alrededor de este acontecimiento. La primera de todas, la valentía para ofrecer otra lectura del papado, una lectura diferente de la que ofreció Juan Pablo II, que, a pesar de haber considerado su

posible renuncia, se mantuvo en su oficio hasta el final, durante años y meses en los que evidentemente su agotamiento, proveniente de las consecuencias del atentado casi mortal que sufrió, del párkinson que lo aquejaba, de su edad avanzada y de sus 27 años como papa, le hacía prácticamente incapaz de ejercer su cargo, porque —dicen que dijo— “nadie se baja de la cruz” si quiere ser vicario de Cristo. Benedicto XVI, que no se llamó a sí mismo “vicario de Cristo” a la hora de su renuncia, respeta esta manera de ver —dice que es consciente de que la Iglesia también se gobierna “con la oración y el sufrimiento”—, pero personalmente no se adhiere a ella. ¿Será porque ha meditado e introyectado en su vida lo que san Bernardo, un monje cisterciense, escribió a su compañero llegado a papa: “Recuerda que no eres el sucesor del emperador Constantino, sino el sucesor de un pecador”? (ver Benedicto XVI, *Luz del mundo. El papa, la Iglesia y los signos de los tiempos. Una conversación con Peter Seewald*, Barcelona, Herder, 2010, p. 83. En adelante, LM y número de página.) Ya se lo había dicho a su entrevistador y biógrafo Peter Seewald: “Si el papa llega a reconocer con claridad que física, psíquica y mentalmente no puede ya con el encargo de su oficio, tiene el derecho y, en ciertas circunstancias, también el deber de renunciar” (LM 43).

Esto significa una desmitificación importante del cargo, que antes que nada es un servicio. El título más importante que llevan todos los papas, desde san Gregorio I en el año 590 d. C., es de “servidor de los servidores de Dios”. Era el título con el que la madre de san Agustín, santa Mónica, se había referido a los sacerdotes, desentrañando lo que significa la palabra “ministro”, esto es, servidor. Como todo servicio personal, la sucesión de Pedro conlleva cierto poder y a veces mucho, incluso enorme poder. El poder es una relación humana creada y puede ejercerse servicial o dominadoramente. En el primer caso, brilla además con autoridad. En el segundo, no. Pero, como dice Jesús de Nazaret en los Evangelios, el poder cristiano no puede ser nunca más que servicial y, en ese sentido, contrario al que ejercen los que dominan en este mundo: “No será así entre ustedes” (Mc 10, 43). Benedicto XVI ha visto con claridad que en un mundo donde la vida es alargada por la medicina, muchas veces sin que se alargue su calidad, es preciso afirmar que las personas que ejercen cargos de poder no son imprescindibles ni mucho menos han de ser endiosadas, convertidas en mito, o vivir adictas al protagonismo. Nelson Mandela, por ejemplo, una vez que cumplió, con mucha dignidad y acierto, los cinco años de su período como presidente, cumplió también con su promesa de no presentarse a su reelección. En 1999, cuando fue sucedido en el cargo, tenía 81 años. No obraron así Stalin, Mao, Hitler o Franco, y todos los demás que, desde la política o desde el mercado, dominan a las naciones como si fueran sus dueños (Mc 10, 42).

Ahora bien, es imposible no ver que el hecho de que Joseph Ratzinger siga viviendo en el Vaticano, por muy convento que sean sus habitaciones, en nada ayudará a que su sucesor pueda ser verdaderamente un papa nuevo y no solo un nuevo papa.

### ¿Qué hay, en el mundo, detrás de la renuncia? Rápidas transformaciones y cuestiones relevantes

La segunda cuestión es qué hay detrás de la renuncia del papa. En parte lo ha dicho él: una fragilidad corporal y espiritual para ejercer su servicio (eso quiere decir “ministerio”, etimológica e históricamente... a veces). Pero el mismo Benedicto ha indicado con claridad que esta fragilidad está contextualmente condicionada: “En un mundo sujeto a rápidas transformaciones y sacudido por cuestiones de gran relieve”.

### El cambio de época: de la revolución cultural a la globalización y su crisis

¿De qué transformaciones se trata y cuáles son esas cuestiones tan relevantes cuyo peso ha ido curvando los hombros del papa y golpeando su corazón, aunque no su lucidez? Evidentemente, el cambio de época. Y con él varios procesos históricos novedosos. Por ejemplo, la “revolución cultural” de 1968. Así se lo comentó Benedicto XVI a Seewald: “A partir de 1968, la fe cristiana entró cada vez más en contraposición con respecto a un nuevo proyecto de sociedad” (LM 23). Personas que conocen bien al papa han afirmado que la irrupción en masa de estudiantes en el aula de la Universidad de Tubinga, donde Joseph Ratzinger enseñaba teología e historia de los dogmas, lo desilusionó profundamente y lo alienó del movimiento posmoderno. Escribe en “Libertad conquistada”, tomo primero de sus *Memorias*, el teólogo suizo Hans Küng, nacido en 1928, mientras que Ratzinger nació en 1927. Ambos fueron dos de los “expertos” más jóvenes del Concilio Vaticano II —tenían 34 y 35 años en 1962, año de su comienzo—. Küng dice:

Tuvo la culpa de que Ratzinger se despidiera de Tubinga... *la revolución de los estudiantes del 68*. Más de una vez, los dos nos vimos impedidos en nuestras clases por sentadas de gente ajena a la asignatura que protestaba a voces. Lo que para mí quedó sencillamente como una serie de enfados esporádicos, en Ratzinger supuso, a todas luces, un choque duradero. No quería seguir en Tubinga un semestre más. Sobre todo, le había afectado profundamente la actitud agitadora de un grupo revolucionario dentro de la parroquia de los estudiantes católicos, que quiso, mediante un nuevo reglamento, que el párroco quedara totalmente subordinado a la asamblea parroquial (a lo que nos opusimos todos). Desde entonces y hasta el día de hoy —2002 es la fecha de publicación del libro—, Ratzinger le tiene espanto a todos los movimientos “de abajo”, sean comunidades de estudiantes, grupos de sacerdotes, movimientos de Iglesia popular o teología de la liberación. (P. 590.)

Ciertamente, la posición teológica de Küng está en las antípodas de la de Ratzinger y desde ese ángulo cabe considerar sus juicios con cierta cautela. No se puede dudar, sin embargo, de su amistad. Como decano de teología en Tubinga, Küng consiguió, sabiendo la orientación teológica diferente de la suya

de Ratzinger, que se le ofreciera una cátedra paralela a la suya propia, y él la aceptó. No se puede olvidar tampoco que Ratzinger recibió al teólogo Küng en el Vaticano durante cuatro horas, poco tiempo después de ser elegido como papa, en septiembre de 2005. Küng, sin embargo, se refirió luego públicamente al gobierno de Benedicto como “una oportunidad perdida”.

### La secularidad y el secularismo

Están además la secularidad y el proceso de apartamiento de la Iglesia en Europa. Conversando con Seewald, el papa reconoce:

Ciertamente, estoy también decepcionado (...) sobre todo de que en el mundo occidental exista ese disgusto con la Iglesia, de que la secularidad siga haciéndose autónoma, de que desarrolle formas en que los hombres son apartados cada vez más de la fe, de que la tendencia general de nuestro tiempo siga siendo opuesta a la Iglesia. (LM 141.)

En una frase que sigue a las anteriores, el papa Ratzinger refleja claramente su raigambre agustiniana: “Pero creo que esa es justamente también la situación cristiana, *esa lucha entre dos tipos de amor*. Siempre fue así y, en esa lucha, a veces será más fuerte un lado, y otras, el otro” (cursiva mía) (LM 141). Parece estar leyendo uno “La ciudad de Dios”: “Dos amores han dado origen a dos ciudades: el amor de sí mismo hasta el desprecio de Dios, la terrena; y el amor de Dios hasta el desprecio de sí, la celeste” (XIV, 28).

### El mito del todopoderoso progreso: su relación con la libertad humana y la ciencia

Según el papa, nos enfrentamos también, en el mundo actual, con una manera de concebir el progreso profundamente ambigua y en no pocas ocasiones también destructiva:

El conocimiento ha traído consigo poder —le dijo a Seewald—, pero de una forma en la que, ahora, con nuestro propio poder somos capaces al mismo tiempo de destruir el mundo (...) En la combinación que hemos tenido hasta ahora del concepto de progreso a partir de conocimiento y poder, falta una perspectiva esencial: el aspecto del bien (...) Esta es, en el fondo, la razón por la cual ha quedado ampliamente fuera de consideración el aspecto ético, (...) la responsabilidad ante el Creador. (LM 56-57.)

Y continúa Benedicto XVI: “Actualmente debería iniciarse un grave examen de conciencia. ¿Qué es realmente progreso? ¿Es progreso si puedo destruir? ¿Es progreso si puedo hacer, seleccionar y eliminar seres humanos por mí mismo? ¿Cómo puede lograrse un dominio ético del progreso?” (LM 57).

Introduce enseguida el tema y problema de la libertad: “Se trata también del concepto fundamental de la Edad Moderna: la libertad, que se entiende como

libertad para poder hacerlo todo” (LM 57). Y vincula la libertad con la reivindicación de la ciencia: “A partir de este modo de pensar surge la reivindicación de que la ciencia es indivisible. Es decir, lo que se puede hacer hay que poder hacerlo. Todo lo demás iría contra la libertad. ¿Es verdad eso? Yo pienso que no” (LM 57). Para el papa Ratzinger, “la gran pregunta es, ahora, ¿cómo puede corregirse el concepto de progreso y su realidad, y cómo puede dominarse después positivamente desde dentro?” (LM 57). Me parece extraño que no se refiera a lo que ya el Concilio Vaticano II dijo sobre este tema en la Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo de hoy *Gaudium et spes*:

La Iglesia de Cristo, confiando en el designio del creador, a la vez que reconoce que el progreso puede servir a la verdadera felicidad humana, no puede dejar de hacer oír la voz del Apóstol cuando dice: “No quieran vivir conforme a este mundo (Rom 12, 2), es decir, conforme a aquel espíritu de vanidad y de malicia que transforma en instrumento de pecado la actividad humana, ordenada al servicio de Dios y de los hombres (37)”. O también cuando reconoce una vocación cristiana de entregarse “al servicio temporal de los hombres y así” preparar “el material del reino de los cielos” (38). O cuando audazmente añade que “el progreso temporal (...), en cuanto puede contribuir a ordenar mejor la sociedad humana, interesa en gran medida al Reino de Dios” (39).

### **El relativismo como ataque a la verdad**

Puede que, finalmente, lo que más ha inquietado a Benedicto XVI es el proceso de depreciación de la verdad y lo que, desde su perspectiva, es su consecuencia más nefasta: el relativismo. A su entrevistador Seewald, le habla así:

Está a la vista que el concepto de verdad ha caído bajo sospecha. Por supuesto, es cierto que se ha abusado mucho de él. En nombre de la verdad se ha llegado a la intolerancia y a la crueldad. En tal sentido se tiene temor cuando alguien dice que tal cosa es la verdad o hasta afirma poseer la verdad. Nunca la poseemos; en el mejor de los casos, ella nos posee a nosotros. Nadie discutirá que es preciso ser cuidadoso y cauteloso al reivindicar la verdad. Pero descartarla sin más como inalcanzable ejerce directamente una acción destructiva. (LM 63.)

Ratzinger se ha estado enfrentando con el modo como él ha visto la dirección actual de la filosofía: “Gran parte de la filosofía actual consiste realmente en decir que el hombre no es capaz de la verdad. Pero visto de ese modo, tampoco sería capaz de ética. No tendría parámetro alguno” (LM 63). Su horizonte principal de referencia es la Europa que está desvinculándose de sus raíces culturales en el cristianismo y enarbolando, a su juicio, la modernidad irreligiosa como bandera de una nueva religión a la que habría que plegarse para sentar carta de ciudadanía. Afirma que las personas pueden hoy ser cristianas y modernas sin

transitar caminos paralelos que nunca se encuentran y sin vivir una existencia esquizofrénica o dividida. Reivindica, en cambio, la modernidad de lo cristiano:

Debemos procurar que ambos aspectos se interpenetren en la medida en que sean compatibles. Ser cristiano no debe convertirse en algo así como un estrato arcaico que de alguna manera retengo y que vivo en cierta medida *de forma paralela* a la modernidad. Ser cristiano es en sí mismo algo vivo, algo moderno, que configura y plasma toda mi modernidad, y que en ese sentido la abraza en toda regla. (LM 69.)

Se refiere enseguida a la necesidad de una nueva evangelización:

Aquí se exige una gran lucha espiritual. Eso mismo es lo que he expresado en particular recientemente a través de la fundación de un Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización. Lo importante es que intentemos vivir y pensar el cristianismo de tal manera que asuma en sí la buena, la correcta modernidad, y que al mismo tiempo se aparte y distinga de lo que se ha convertido en una contrarreligión. (LM 69.)

Sin embargo, el papa no puede dejar de ver la situación en términos de un combate: “Es el choque de dos mundos espirituales: el mundo de la fe y el mundo del secularismo. La pregunta es: ¿dónde tiene razón el secularismo? Es decir, ¿dónde la fe tiene que hacer propias las formas y figuras de la modernidad y dónde tiene que ofrecer resistencia? Esta gran lucha atraviesa hoy el mundo entero” (LM 70). Y añade: “Los obispos de los países del Tercer Mundo me dicen: ‘También en nuestros países está presente el secularismo, y allí coincide con formas todavía completamente arcaicas’” (LM 70).

### **La manera de ver el relativismo**

A propósito de este tema y problema tal como el papa dice que lo tocaban obispos del Tercer Mundo, es interesante ver cómo lo aborda en su libro póstumo el teólogo belga-brasileño José Comblin, fallecido en marzo de 2011:

Hasta hace poco tiempo, para las masas analfabetas o poco menos, Dios era la explicación de todo: de la paz y de la guerra, de la lluvia y de la sequía, de las inundaciones y de los terremotos, de la salud y de la enfermedad, de los accidentes y de la salvación de los accidentes. Para todo era preciso invocar a Dios o agradecerle o hacer penitencia.

Hoy hay explicaciones científicas para los problemas del clima, los problemas sociales, los de salud o los problemas psicológicos. Existen remedios incluso aunque no se puedan resolver todavía todos los problemas. Hay muchas cosas que dependen de los seres humanos... El alcance de la religión debe ser diferente de acuerdo con las condiciones de vida del mundo actual.

El abandono de la religión es el abandono de un tipo de religión, de una religión adaptada al ser humano del neolítico, precientífico, pretécnico. Típico es que los hombres y las mujeres abandonan la religión alrededor de los 14 o 15 años, cuando despierta en ellos la personalidad y el sentido de la libertad, y, al mismo tiempo, descubren los rudimentos de una visión científica del mundo...

En la actualidad, vale más que nunca el adagio atribuido a Chesterton: el cristianismo no ha fracasado porque nunca fue aplicado... Una multitud de cristianos ha dejado la Iglesia porque nunca les fue transmitido el cristianismo. (*O Espírito Santo e a Tradição de Jesus*, São Paulo, Nhanduti Editora, 2012, p. 38.)

### Las tres encíclicas de Benedicto XVI: El amor iluminado por la verdad

Benedicto XVI ha publicado hasta el momento únicamente tres documentos de la mayor importancia, los que se llaman cartas “encíclicas”, es decir, documentos dirigidos a la Iglesia entera —a todo el pueblo de Dios, desde los obispos y el clero secular a personas de la vida religiosa y del laicado— y, en los últimos 50 años, desde Juan XXIII en *La paz en la tierra*, también a todas las personas de buena voluntad. En ellas ha recorrido las tres actitudes fundamentales de los cristianos: el amor (“Dios es amor”) al final de 2005; la esperanza (“por la esperanza nos han salvado”), al final de 2007; y por último, no la fe, como se podría haber esperado, sino “la caridad en la verdad”, a mediados de 2009. Es decir, no cualquier amor, sino el que es iluminado por la verdad. Sobre la fe ha hablado más tarde, en 2012, en la Carta apostólica *Porta fidei* (Puerta de la fe), al inaugurar el año de la fe en el 50.º aniversario del comienzo del Concilio Vaticano II.

De las tres cartas “generales” o “universales”, las dos primeras comienzan con unas palabras que le dan su título y que se extraen de dos lugares del Nuevo Testamento: “Dios es amor”, una de las muy pocas maneras de hablar definitivamente de Dios en el Nuevo Testamento, además de, sobre todo, como “Padre” y “Padre nuestro”, y que se encuentra en la Primera Carta de Juan (4, 8). Y “con esa esperanza nos han salvado”, que se encuentra en la Carta de Pablo a los Romanos (8, 24).

Sin embargo, como se puede ver fácilmente leyendo el párrafo 1 de “la caridad en la verdad”, esa frase no tiene un referente *directo* en ninguna del Nuevo Testamento. El papa lo sabía, puesto que, al contrario que en sus otras dos encíclicas, las tres primeras palabras de la tercera no llevan a su lado ningún texto del Nuevo Testamento. Incluso podría decirse que Benedicto XVI ha reinterpretado el significado literal del único texto que recuerda al título de su carta: “Caminando en la verdad (*alethéuontes*), crezcamos por la caridad (*en agápe auxésomen*) en todos sentidos para ser como él, que es la cabeza, Cristo” (Ef 4, 15) —traducción del Nuevo Testamento griego-español, edición de José O’Callaghan—. Algunas otras Biblias lo traducen como “con la sinceridad en

el amor, crezcamos en todo hasta aquel que es la cabeza, Cristo” (Biblia de Jerusalén), o “viviendo en la verdad y el amor, crezcamos hasta alcanzar del todo al que es la cabeza, Cristo” (La Biblia de Nuestro Pueblo, texto original, adaptado, de Luis Alonso Schökel), o “con la sinceridad del amor, crezcamos hasta alcanzar del todo al que es la cabeza, Cristo” (el texto original de Schökel en la Biblia del Peregrino).

En el mismo párrafo 1, el papa Benedicto XVI afirma que “el amor — *caritas*— es una fuerza extraordinaria que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz”. Afirma también que esa fuerza procede de “Dios, Amor eterno y Verdad absoluta”. En el resto del párrafo, Benedicto XVI se refiere a otros tres textos del Nuevo Testamento: asumir el proyecto de Dios en la vida hará que cada persona encuentre en ese proyecto su verdad y esa verdad lo hará libre (Jn 8, 22). No solo afirma, pues, que de la verdad procede la libertad, sino que, en la frase tal vez más representativa de su pensamiento, a mi juicio, continúa diciendo que “defender la verdad, proponerla con humildad y convicción y testimoniarla en la vida, son formas exigentes e insustituibles de caridad”. Añade otra referencia neotestamentaria, esta vez de aquel “mejor camino” (1 Cor 12, 31), que Pablo dice que es el amor: la caridad “goza con la verdad” (13, 6). Finalmente, en otra frase representativa de su pensamiento afirma: “En Cristo la *caridad en la verdad* se convierte en el rostro de su persona, en una vocación de amar a nuestros hermanos en la verdad de su proyecto. En efecto, él mismo es la Verdad (Jn 14, 6)”. El énfasis en la verdad es impactante. Pero el papa no cita al mismo nivel aquella otra frase del cuarto Evangelio: “Pues todo el que obra el mal aborrece la luz y no va a la luz, para que sean censuradas sus obras; pero el que obra la verdad, va a la luz” (Jn 3, 20-21). Según esta última frase, me parece claro que el amor no depende de la verdad, sino la verdad del amor. El amor no depende tanto de sostener la doctrina correcta, sino antes que nada de seguir a Jesús de Nazaret en la vida: “Tú, sígueme” es, en el Evangelio de Juan, la última palabra de Jesús a Pedro (Jn 21, 22). Y ese seguimiento se fundamenta en el amor: “Señor, tú sabes que te quiero” (Jn 21, 15-17).

Ratzinger piensa de otra forma. En el párrafo 2 de su encíclica, se hace consciente de que en su texto él ha enfatizado las cosas de modo diferente de como lo hace la Carta a los Efesios:

De aquí la necesidad de unir no solo la caridad con la verdad, en el sentido señalado por san Pablo de la “*veritas in caritate*” (Ef 4, 15), sino también en el sentido inverso y complementario, de “*caritas in veritate*” (...) De este modo, no solo prestaremos un servicio a la caridad iluminada por la verdad, sino que contribuiremos a dar fuerza a la verdad, mostrando su capacidad de autenticar y persuadir en la concreción de la vida social.



## Las dos interpretaciones del Vaticano II

Adónde apunta el papa Ratzinger y cuál es su preocupación o inquietud fundamental aparece a continuación, cuando dice en *la caridad en la verdad* que “esto no es algo de poca importancia hoy, en un contexto social y cultural que con frecuencia relativiza la verdad, bien desentendiéndose de ella, bien rechazándola”. Conviene recordar que en 1972, después de haber dejado de colaborar en la revista *Concilium*, fundada por una mayoría de los “expertos” en teología que asesoraron a lo que fue la mayoría de los obispos en el Vaticano II, el teólogo Ratzinger, junto con varios otros, como el jesuita De Lubac y el antiguo jesuita Von Balthasar, fundaron la revista *Communio*. Ambas revistas han dado origen a dos maneras diferentes de interpretar el Concilio Vaticano II, que no han dejado de ser conflictivas entre sí.

El papa Benedicto XVI ha escrito en su Carta apostólica *Porta fidei*, con la que anunció el Año de la Fe:

He pensado que iniciar el Año de la Fe coincidiendo con el cincuentenario de la apertura del Concilio Vaticano II puede ser una ocasión propicia para comprender que los textos dejados en herencia por los padres conciliares, según las palabras del beato Juan Pablo II, “no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del magisterio, dentro de la tradición de la Iglesia. [...] Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza”. Yo también deseo reafirmar con fuerza lo que dije a propósito del Concilio pocos meses después de mi elección como sucesor de Pedro: “Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia”.

En la última frase del texto citado inmediatamente antes, creo que está la clave de comprensión del papa Ratzinger: “Una hermenéutica correcta”. Como diría Paul Ricoeur, se trata del “conflicto de las interpretaciones”: la de la continuidad y la de la ruptura. Para Benedicto, ya ha pasado la generación de los setenta que fue, según su visión, la de la ruptura. El problema es que ni en la continuidad ni en la ruptura está la clave, sino en la renovación que lleve al retorno al Evangelio. Por otro lado, es notable que el papa Ratzinger haya dicho que en el asunto de levantar la excomunión a los obispos de la Fraternidad de San Pío X, o movimiento lefebvrino, “el Vaticano II no estaba en absoluto en juego” (LM 36), puesto que la excomunión se debía “a que habían recibido la ordenación episcopal sin el mandato papal” (LM 35), siendo así que el papa Pablo VI había excomulgado al mismo arzobispo Marcel Lefebvre por no haber aceptado el Vaticano II.

¿Qué hay, en la Iglesia, detrás de la renuncia? Dos grandes problemas al interior de la Iglesia

Estas han sido las inquietudes fundamentales que desde el mundo se han convertido para la Iglesia regida por el pensamiento de Benedicto XVI, en “cuestiones de gran relieve”. Y que, sean o no las cuestiones más graves desde el Sur, requieren obviamente un vigor corporal y espiritual enorme para abordarlas. ¿Le falta al papa esa fuerza, ese vigor, en estos momentos? Eso nos ha dicho, pero existen otros problemas, y estos han conmovido y conmueven la estructura misma de la Iglesia. Y para enfrentarlos hace falta asimismo un vigor corporal y espiritual no menor.

### **La crisis de la pederastia o pedofilia**

Cronológicamente, la primera de estas cuestiones ha sido la crisis creada por la pederastia al interior de la Iglesia. En su oficio como papa, Benedicto XVI ha sido el primer pontífice en aceptar públicamente la presencia de pederastas entre el clero de la Iglesia católica y a veces entre religiosos y religiosas, y también entre el profesorado laico de colegios católicos. Y ha sido el primero también en reclamar a obispos y arzobispos e incluso a cardenales su equivocada e injusta política de encubrirlos y de trasladarlos de un oficio pastoral a otro —por ejemplo, de una parroquia a otra y después a otra, y así sucesivamente—, intentando resolver en secreto los casos que, además de ser materia de delito ante los tribunales civiles, son una tendencia enfermiza probablemente incurable y ciertamente difícilmente curable.

### **El caso de Marcial Maciel, fundador de los Legionarios de Cristo**

En su conversación con el periodista Seewald, Benedicto XVI acepta que, ya desde 2000 contaban en la Congregación de la Fe “con asideros concretos” a propósito del caso del fundador de los Legionarios de Cristo, Marcial Maciel (LM 51). Sin embargo, el papa Juan Pablo II todavía lo bendijo en sus últimos años, y su colaborador, el prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe Ratzinger, solo después de ser elegido papa en abril de 2005, actúa en este caso y separa a Maciel de la dirección de los Legionarios, recriminándolo y enviándolo, en una entrevista en el Vaticano que hace pública, a vivir sus últimos años “en penitencia y oración”. Después inicia una investigación dividiendo en cuatro regiones a los Legionarios y poniendo a obispos a cargo de la investigación en cada una de las cuatro. Al haber recibido los informes de estos obispos, nombra un delegado personal suyo, quien con sus ayudantes presentará un proyecto para reformar la estructura de esta congregación. Sin embargo, el papa le dice a Seewald que

Naturalmente, hay que hacer correcciones, pero, en términos generales, es una comunidad sana. Hay en ella muchas personas jóvenes que quieren servir con entusiasmo a la fe. No se debe destruir ese entusiasmo (...) A esos jóvenes hay que darles un nuevo aliento. Hace falta una estructura nueva para que no caigan en el vacío, sino que, rectamente conducidos, puedan prestar un servicio a la Iglesia y a los hombres. (LM 51.)

Llama la atención —es inevitable— que Benedicto XVI no se refiera al problema de los enormes fondos de capital que han apuntalado a la fundación y la extensión por el mundo de los Legionarios de Cristo, entre ellos los de la familia Garza Sada, potentados de la industria del acero y del vidrio en Monterrey, México. Es inevitable preguntarse si estos capitales no habrán estado también detrás del entusiasmo de los jóvenes legionarios a los que el papa se refiere.

### **Los abusos sexuales contra niñas y niños alrededor de la Iglesia**

También desde el comienzo del milenio el cardenal Joseph Ratzinger tuvo que encargarse del escándalo de los abusos sexuales en el clero de Estados Unidos (LM 37) y especialmente en la arquidiócesis de Boston. De hecho, en 2002 se produjo la dimisión como arzobispo de Boston del cardenal Bernard Law y su traslado posterior a Roma, donde Juan Pablo II lo nombró arcipreste de la basílica de Santa María Mayor y donde se mantuvo su pertenencia a diversas congregaciones de la curia romana hasta que cumplió 80 años en 2011. Ya antes el papa Juan Pablo II, movido por las denuncias y las amenazas de proceso ante los tribunales, había forzado la renuncia del arzobispo de Viena, cardenal Hans Hermann Groër, benedictino, a quien se le conocían, ya desde antes de su nombramiento, relaciones homosexuales con estudiantes de un seminario menor, abusando de su autoridad como director. Benedicto XVI afirma también que desde la Congregación para la Doctrina de la Fe había ya “visto surgir la situación en Irlanda”. “Pero a pesar de ello —continúa— en esta magnitud fue igualmente un *shock* inaudito” (LM 37).

### **Es una gran crisis. Ha sido estremecedor... De pronto, tanta suciedad**

Ratzinger experimentó una repugnancia enorme frente a los abusos revelados, uno tras otro, primero en Estados Unidos, luego en Irlanda, después en Malta, en Australia y en Alemania, etc. En su conversación con Seewald, se expresa así:

Es una gran crisis. Ha sido estremecedor para todos nosotros. De pronto, tanta suciedad. Realmente ha sido como el cráter de un volcán, del que de pronto salió una nube de inmundicia que todo lo oscureció y ensució, de modo que el sacerdocio, sobre todo, apareció de pronto como un lugar de vergüenza, y cada sacerdote se vio bajo la sospecha de ser también así. (LM 36.)

Benedicto XVI se enfrentó con gran energía contra todos aquellos que aconsejaban ocultar precisamente la magnitud de la vergüenza. Afirmó una directriz eclesial de “tolerancia cero”.

El sacerdote y sociólogo Andrew Greeley, profesor de sociología de la religión en la Universidad de Chicago y fundador en ella del Centro de Investigación de la Opinión Nacional (NORC) —hoy en trance de muerte—, investigó la incidencia de la pederastia en numerosas profesiones y *The New York Times* publicó sus resultados al comienzo de la primera década del tercer milenio: los sacerdotes eran la profesión en que la pederastia tenía la incidencia más baja. Por otro lado, la pederastia es una plaga endémica entre abuelos, padres, padrastros, tíos y tías, primos y primas en muchos países del Sur, como los nuestros centroamericanos, aunque está encubierta bajo el tabú del incesto. *Pero todo esto no quita la enorme responsabilidad de sacerdotes o maestros de instituciones católicas, hombres y mujeres, precisamente por estar rodeados del halo de confianza con el que los ha contemplado el laicado.* Ya durante el viacrucis del Viernes Santo de 2005, poco antes de su elección, habló de esta forma: “¡Cuánta suciedad en la Iglesia y entre los que, por su sacerdocio, deberían estar completamente entregados a él!” (LM 47).

### **Crítica intransigente del encubrimiento**

El papa Ratzinger criticó seriamente a los obispos de Irlanda en un encuentro con ellos en el Vaticano en febrero de 2010, por haber tolerado muchos casos de pederastia. Y escribió el 19 de marzo una carta pastoral a los católicos de Irlanda pidiendo perdón por los casos de pederastia en instituciones cristianas y por el fallo de los obispos en castigarlos y ponerse del lado de las víctimas. Ratzinger le comentó a Seewald que el arzobispo de Dublín habló con él de que en la Iglesia de Irlanda se aplicó el derecho canónico hasta la década de los cincuenta, pero que desde mediados de los sesenta “dejó simplemente de aplicarse. Imperaba la conciencia de que la Iglesia no debía ser más Iglesia del derecho, sino Iglesia del amor, que no debía castigar. Así, se perdió la conciencia de que el castigo puede ser también un acto de amor” (LM 38-39). He aquí, sin la menor duda, un perverso malentendido del llamado de Juan XXIII, al inaugurar el Vaticano II, al ejercicio eclesial de la misericordia y no de la severidad.

### **Primero las víctimas y su sufrimiento con el sentimiento de traición: vergüenza y remordimiento del papa**

El papa se fue reuniendo con víctimas de estos terribles delitos. La primera vez que Benedicto XVI se encontró con víctimas de la pederastia fue en Estados Unidos en 2008 (LM 214). Lo hizo después en Malta (LM 46). Más tarde, en Australia, donde pidió perdón públicamente en la catedral de Sidney (LM 215). En su carta a los católicos de Irlanda escribió: “Comparto la desazón y el

sentimiento de traición que muchos de ustedes han experimentado al enterarse de esos actos pecaminosos y criminales y del modo en que los afrontaron las autoridades de la Iglesia”.

A las víctimas se dirigió así:

Han sufrido inmensamente y eso me apesadumbra en verdad. Sé que nada puede borrar el mal que han soportado. Su confianza ha sido traicionada y su dignidad ha sido violada. Muchos han experimentado que cuando tenían el valor suficiente para hablar de lo que les había pasado, nadie quería escucharles. Los que han sufrido abusos en los internados deben haber sentido que no había manera de escapar de sus sufrimientos. Es comprensible que les resulte difícil perdonar o reconciliarse con la Iglesia. En su nombre, expreso abiertamente la vergüenza y el remordimiento que sentimos todos. (LM 194.)

A los pederastas les escribió con gran franqueza:

Han traicionado la confianza depositada en ustedes por jóvenes inocentes y por sus padres. Deben responder de ello ante Dios todopoderoso y ante los tribunales debidamente constituidos (...) Admitan abiertamente su culpa, sométanse a las exigencias de la justicia, pero no desesperen de la misericordia de Dios. (LM 194.)

Finalmente, a los obispos les escribió con no menor franqueza:

No se puede negar que algunos de ustedes y de sus predecesores han fallado, a veces gravemente, a la hora de aplicar las normas (...) del derecho canónico sobre los delitos de abusos de niños. Se han cometido graves errores en la respuesta a las acusaciones (...) Todo esto ha socavado gravemente vuestra credibilidad y eficacia (...) sigan cooperando con las autoridades civiles en el ámbito de su competencia (...) Solo una acción decidida llevada a cabo con total honradez y transparencia restablecerá el respeto y el aprecio del pueblo irlandés por la Iglesia a la que hemos consagrado nuestra vida. (LM 195.)

Sin embargo, según el periodista Seewald, el religioso irlandés Vincent Twomey afirmó que “llevará generaciones reparar” (LM 37) esta traición y este escándalo.

### **Petición pública de perdón frente al escándalo**

¡Escándalo! Este es el monstruo con el que tuvo que enfrentarse al interior de la Iglesia y especialmente en el Vaticano el papa Ratzinger. El temor al escándalo. El olvido y la preterición del Evangelio: “Si uno escandaliza a uno de estos pequeños creyentes, más le valdría que le encajasen una piedra de molino en el cuello y lo arrojaran al mar” (Mc 9, 42). Lo que les dijo a los obispos de Irlanda tuvo probablemente que decírselos, aunque haya sido en forma menos pública, a no pocos de los miembros de la curia romana que propugnaban el ocultamiento.

Y a miembros del episcopado en no pocos países. Sabemos hoy, por ejemplo, que el nuevo arzobispo de Los Ángeles, un pastor de ascendencia mexicana, José Gómez, ha destituido a su predecesor, el cardenal Roger Mahony, de todos sus puestos en la arquidiócesis por las sucesivas tentativas de encubrimiento de abusos y abusadores. Y a propósito de esto, ha surgido en la Iglesia la cuestión de si pueden hacerse presentes en el cónclave para elegir al próximo papa aquellos cardenales que, al frente de diócesis, encubrieron a sacerdotes pedófilos.

### ¿“Razón de Iglesia”?

Seewald recordó al papa en su entrevista que un antiguo magistrado del Tribunal Constitucional de Alemania, E. W. Böckenförde había declarado que “las palabras pronunciadas por el papa Benedicto (...) en EE. UU. y (...) en su carta a los católicos de Irlanda no podrían ser más enérgicas”. Y que también declaró que “la verdadera razón de este equívoco desarrollo que se verificó durante décadas se encuentra en un modo hondamente arraigado de actuar según una ‘razón de Iglesia’” (LM 40). Al papa no parece haberle agradado esa expresión. “¿Qué significa ‘razón de Iglesia’?”, preguntó a Seewald (LM 41). Pero era precisamente esa “razón de Iglesia” contra la que seguramente tuvo que luchar en sectores no desdeñables de la curia romana. No podemos olvidar que en un consistorio previo al año jubilar del milenio, Juan Pablo II comentó con los cardenales la necesidad de aprovechar esa celebración para pedir perdón por los pecados de la Iglesia, cosa que luego hizo en la cuaresma de 2000. Pero hubo cardenales que le aconsejaron que no lo hiciera, porque la Iglesia es santa a pesar de los pecados de algunos de sus miembros. No se puede olvidar tampoco que en ese mismo año 2000, durante la celebración del quinto centenario de la llegada del cristianismo a Brasil, el presidente de la Conferencia de Obispos de Brasil (CNBB) pidió perdón también por los pecados de la Iglesia al no separar claramente evangelización e imperio. A continuación, el delegado papal, cardenal Angelo Sodano, desmintió con fuerza al Presidente de la CNBB. En ambos casos se olvidaban las valientes y certeras palabras de un padre de la Iglesia, san Ambrosio de Milán, al hablar de la Iglesia “casta y prostituta” a la vez. No andaba desacertado Böckenförde al hablar de “razón de Iglesia”, cuando se prefería ocultar no solo los pecados de la Iglesia, sino incluso los de los sacerdotes y religiosos abusadores de niños para que la misma Iglesia no perdiera credibilidad. Se olvidaba que en la Iglesia la única credibilidad cristiana viene del seguimiento de Jesús de Nazaret. No en vano, Angelo Sodano, siendo nuncio en Chile en los ochenta, había aconsejado a Juan Pablo II dar la comunión al dictador Pinochet.

No hay auténtica autoridad en la Iglesia más que la que intenta actuar y hablar como Jesús de Nazaret, de quien se pudo decir cuando ejercía la compasión y perdonaba: “Es una enseñanza nueva, con autoridad” (Mc 1, 27) o “jamás vimos

cosa semejante” (Mc 2, 12). Palabra y vida profética es lo que da autoridad en y al pueblo de Dios. “El sábado ha sido instituido para el hombre y no el hombre para el sábado” (Mc 2, 27). Es decir, la Iglesia o está al servicio de la humanidad y de las personas que en ella sufren y están oprimidas, o no sigue el ejemplo de Jesús de Nazaret y su modo de autoridad: “Les he dado ejemplo para que también ustedes hagan como yo hecho con ustedes” (Jn 13, 13-15).

De ahí que Benedicto haya dicho a Seewald claramente en este contexto que

Lo importante es, en primer lugar, cuidar de las víctimas y hacer todo lo posible por ayudarles y por estar a su lado con ánimo de contribuir a su sanación; en segundo lugar, evitar lo más que se pueda estos hechos por medio de una correcta selección de los candidatos al sacerdocio; y, en tercer lugar, que los autores de los hechos sean castigados y que se les excluya toda posibilidad de reincidir (...) Pero lo que nunca debe suceder es escabullirse y pretender no haber visto, dejando así que los autores de los crímenes sigan cometiendo sus acciones. (LM 41.)

### **El escándalo de la corrupción: los *Vatileaks***

2012 estalló en el Vaticano otro escándalo. Un periodista italiano publicó un libro que contenía documentos procedentes directamente del escritorio de Benedicto XVI. En medio de la enorme publicidad que habían tenido los Wikileaks —documentos secretos de las cancillerías de diversos Estados publicados en la Red por el australiano Julian Assange—, se habló enseguida de los “Vatileaks”. Fue especialmente notoria la carta al papa del arzobispo Carlo Maria Viganò, encargado de la Gobernación del Estado Pontificio, en la que le hablaba de sus investigaciones sobre no pocos hechos de corrupción, especialmente en el Instituto para las Obras de Religión (IOR), el banco del Vaticano, y donde pedía que no se le trasladara de puesto, una vez informado todo esto, para poder llevar su investigación hasta el final. Sin embargo, el cardenal Tarsicio Bertone, secretario de Estado desde la renuncia de Angelo Sodano por razones de edad en 2006, envió a Viganò a Washington D. C. como nuncio. El papa no desautorizó a su secretario de Estado ni tampoco lo cambió. ¿A esto, entre otras cosas, se referiría cuando en sus breves palabras de renuncia habló de “la falta de vigor que se necesita para ejercer el ministerio de Pedro”?

Al mismo tiempo, dimitió como principal ejecutivo del IOR Ettore Gotti Tedeschi, un banquero laico del Opus Dei —se dice—, que llegó al cargo con un mandato expreso del papa para ir al fondo de los serios problemas de corrupción. Pero Gotti renunció hace poco tiempo, y se dice que había perdido el apoyo del cardenal Bertone, prácticamente primer ministro del Vaticano. Y también se dice que temía por su vida, dado que había encontrado que incluso algún mafioso italiano había depositado en el IOR fondos bajo otro nombre. El primer sospe-

choso de la entrega de documentos al periodista que difundió los “Vatileaks” en su libros era el ayuda de cámara del mismo papa, al que llamaba con el nombre familiar de “Paoletto”, es decir, Pablito.

El papa nombró una comisión especial de tres cardenales octogenarios, es decir, ya sin derecho a participar en el cónclave y con muy pocas probabilidades de ser elegidos para suceder a Benedicto XVI: el español Herranz, el eslovaco Tomko y el italiano Di Giorgi. Se dice que el papa recibió en algún momento de la segunda mitad del año pasado el informe de los tres cardenales con los resultados de su investigación, y que leyó el informe durante sus vacaciones en Castel Gandolfo. Otras informaciones difundidas en los medios hablan de que lo recibió el 17 de diciembre. En todo caso, parece que quedó gravemente golpeado espiritualmente por las intrigas de ambición de poder de altas personalidades de la curia romana. Y, por otro lado, sería esto lo que le llevó a consolidar su voluntad de renuncia, al sentir que afrontar directamente tales resultados rebasaba sus mismas fuerzas espirituales. El gesto de haber indultado a su ayuda de cámara después de haber sido condenado a algún tiempo de cárcel, muestra que el papa no lo consideraba la cabeza fundamental de los “Vatileaks”. De igual manera lo muestra el hecho de que su cómplice, un técnico laico en informática de la curia, haya recibido una sentencia aún menor. Incluso se preguntan algunos si “Paoletto” no escogió este camino, por equívoco que parezca, para alertar al papa de las turbulentas aguas en el Vaticano. Por otro lado, también se habla de que una caída en su hospedaje durante el viaje a México a finales de marzo de 2012 —parece ser que se hirió en la cabeza— lo inquietó también sobre el alcance de su vigor corporal a los 85 años de edad.

### **“Un trueno en un cielo sereno”: Lo que está en juego al elegir al sucesor de Pedro**

Tal vez el cardenal Angelo Sodano, cuando se dirigió al papa inmediatamente después de su renuncia, diciéndole: “Santidad, esto es un trueno en un cielo sereno”, mostraba la preocupación de entrar en sede vacante sorpresivamente, sin el anuncio de la muerte inminente, y, por tanto, sin mucho tiempo para cabildear. La foto del rayo cayendo sobre la cúpula de la basílica de San Pedro esa misma noche se prestaba a todo tipo de lecturas apocalípticas, sin ningún fundamento real. El azar, simple y sencillamente, dio simbolismo a la frase del cardenal Sodano. El papa daba un paso que alertaba a la Iglesia sobre lo que podría estar en juego al elegir a un nuevo obispo de Roma y sucesor de San Pedro que, históricamente nunca fue obispo, porque en su tiempo esa conciencia de autoridad institucional única aún no existía; lo que existía era la conciencia de apóstol, por haber sido seguidor de Jesús en el grupo de “los 12”, con tanto simbolismo para “el nuevo Israel”. La primera conciencia histórica de “obispo” se observa en las cartas del mártir san Ignacio de Antioquía, ya en el siglo II.



**“Tentado —puesto a prueba— como nosotros en todo, excepto el pecado” (Heb 4, 15) y las miserias de la Iglesia**

En este contexto ocurre todo, lo que no extraña, porque quienes sirven en la curia romana están sometidos a la tentación de luchar por el poder, como lo estaríamos todas las personas que tienen bajo su gobierno una institución de un alcance tan enorme como la Iglesia católica, un gobierno que designa obispos en miles de diócesis alrededor del mundo y nuncios (embajadores) en más de ciento cincuenta países; que recibe y mueve muchos millones desde el banco del Vaticano; y que sigue juzgando sobre las opiniones de personas expertas en teología, hombres y mujeres, con poca atención a los derechos humanos de los encausados. ¿Será que en algún momento habrá el valor para añadir la duda sobre la compatibilidad cristiana entre el maestro de Galilea o el Señor resucitado y un jefe de Estado?

El papa escogió el lunes 11 de febrero, precisamente el lunes de carnaval, anterior al Miércoles de Ceniza, para anunciar su decisión de renunciar. Y el primer día de la Cuaresma, a partir de algunos textos del sermón del monte, en el Evangelio de San Mateo, y en concreto a partir de los textos del capítulo 6 sobre la oración, el ayuno y la limosna hechas en público para ganar prestigio religioso, habló en la homilía de “las divisiones dentro del cuerpo eclesialístico”, de “la hipocresía religiosa”, “el comportamiento de los que aparentan”, las actitudes que buscan ante todo “los aplausos y la aprobación”, e instó a superar “el individualismo y las rivalidades”. Ninguna persona cristiana sería podría haber dejado de advertir que el siguiente domingo, 17 de febrero, se iba a leer precisamente el Evangelio según Lucas sobre las tentaciones de Jesús. Tentaciones o “pruebas”, que la misma palabra griega (*peirasmói*) designa ambas realidades, porque son las auténticas fuentes del pecado del mundo y de los pecados personales: la tentación de utilizar a Dios para consumir (“el pan”, o el dinero que lo consigue y lo trafica, hecho ídolo); la tentación de vender el alma al diablo para llegar al poder, hecho ídolo; y la tentación de evadir los riesgos de la vida, idolatrando el prestigio como fuente de seguridad.

Tal vez por eso, al finalizar los ejercicios espirituales que predicó en la curia el cardenal Gianfranco Ravasi, presidente del Consejo de Cultura, el papa Ratzinger, además de agradecer el apoyo en su trabajo, volvió a llamar la atención sobre “la extensión de la corrupción” en la Iglesia, precisamente el tema que había escogido también el predicador de los *Ejercicios*.

**Un papa revigorizado por su renuncia. ¿Será un “papa-sombra”, un papa emérito?**

Después del anuncio de la renuncia, ha sido destituido también el joven director de la Radio Vaticana, Marco Simeon, con conexión también con el IOR y con protección valiosa, según dicen los medios, en la curia romana. Y el papa

ha decidido aprovechar estos últimos días de su servicio para nombrar un nuevo presidente del IOR, el barón Ernst von Freyberg, que proviene de un ámbito no muy cercano a la curia romana. El papa ha nombrado también a monseñor Giuseppe Sciacca, según los medios, “segundo administrador en importancia del Vaticano”, como asesor jurídico del camarlengo, cardenal Tarsicio Bertone, que es salesiano. El camarlengo gobierna “la sede vacante” hasta la elección del nuevo papa. Y Benedicto XVI ha enviado como nuncio a Colombia al segundo del secretario de Estado —el mismo Bertone—, el arzobispo Ettore Ballestrero. Y tal vez lo más importante: el papa Benedicto, hablando sin discurso, espontáneamente, el jueves después del Miércoles de Ceniza, el 14 de febrero, urgió al clero de Roma a una “renovación” de la Iglesia, afirmando que “tenemos que trabajar para que se realice verdaderamente el Concilio Vaticano II y se renueve la Iglesia”. Es notable que esta manera de hablar del papa Ratzinger, tras el anuncio de su renuncia, ha llevado a otros cardenales ha expresar opiniones. El cardenal arzobispo de Edinburgo ha manifestado que desearía que los sacerdotes tuvieran libertad de optar por el matrimonio o el celibato. Sin embargo, esta declaración ha terminado en el drama de su renuncia al arzobispado y a su derecho a asistir al cónclave, después de haber sido acusado por tres o cuatro sacerdotes de conducta impropia con ellos en la década de los ochenta. El cardenal Keith O’Brien, quien visitó San Salvador en el vigésimo aniversario del asesinato de los mártires de la UCA, ha afirmado que no quiere que las acusaciones contra él desvíen la atención de los periodistas de la elección del sucesor. El papa Benedicto ha aceptado su renuncia. Por otro lado, el obispo emérito de Mainz, cardenal Lehman, ha dicho que es posible que haya llegado el momento de bendecir con un sacramento el aporte de las mujeres a la Iglesia.

¿Qué quiso decir Benedicto XVI con su renuncia? Andrea Riccardi, fundador de la Comunidad de San Egidio, el movimiento principalmente laical aunque con algunos sacerdotes, que medió en las conversaciones de paz entre la URNG y el Gobierno guatemalteco del presidente Álvaro Arzú, habló sobre la renuncia del papa y sobre su significado. Es de notar que el arzobispo Vincenzo Paglia, nuevo presidente del Consejo de la Familia, en la curia, es miembro de la comunidad de San Egidio sin dejar de ser al mismo tiempo postulador de la causa de beatificación de monseñor Romero en el Vaticano. Dijo Riccardi:

El papa Ratzinger ha apostado por un “gobierno espiritual” con su enseñanza, más que sobre su testimonio personal. Ahora siente que no tiene ya las fuerzas personales para seguir enseñando por doquier, mientras que considera que ya ha comunicado su mensaje. Para él, el testimonio no consiste en resistir a pesar de la enfermedad, sino en apartarse no siendo ya protagonista (...) No está enfermo de protagonismo, como se ve en las demás dimisiones (...) No será un “papa-sombra” (...) No tendremos a un papa ejerciendo el cargo frente a un papa emérito.

Riccardi, un historiador universitario y pronto exministro del gabinete Monti, conoce bien a Ratzinger. El mismo papa ha dicho a Seewald que

Por el momento, necesitamos sobre todo los movimientos espirituales en los que la Iglesia universal recoge las experiencias del tiempo y, simultáneamente, partiendo de las experiencias anteriores de la fe y de su fuerza, coloca hitos y, de ese modo, hace nuevamente de la presencia de Dios el punto central (...) Ahora se trata de continuar eso mismo —“la salida hacia la fe”, que inició Juan Pablo II después de la desintegración del socialismo real— y de captar el dramatismo del tiempo, seguir sosteniendo en él la palabra de Dios como la palabra decisiva y dar al mismo tiempo al cristianismo aquella sencillez y profundidad sin la cual no puede actuar. (LM 79)

La misma intención se vislumbra cuando contesta a Seewald sobre por qué ha nombrado como obispos a tantos religiosos: “Porque en ellos tenemos una reserva de hombres buenos que encarnan grandes talentos y son personas espirituales” (LM 97). Lo que al papa Ratzinger aparentemente no le inquieta es que esos movimientos espirituales quieren el poder. Por ejemplo, el movimiento neocatecumenal, “los Quinos”, ya consiguió una aprobación papal para su especial liturgia eucarística. Y ellos, en España, han apoyado al cardenal Rouco, arzobispo de Madrid, en su “política” de restaurar un “nacional catolicismo”. Estos movimientos creen en la recristianización de la sociedad desde el poder, político y económico.

### **El papa Benedicto XVI, el Norte y el Sur**

Benedicto XVI, como hemos intentado analizar, ha estado, durante sus años como obispo de Roma y sucesor de san Pedro, profundamente preocupado por el creciente y enorme desafecto de Europa hacia la Iglesia, y, como consecuencia, hacia la fe que anuncia la Iglesia católica. Esta desafección comenzó con la Reforma, continuó con la Ilustración y el reclamo de mayoría de edad de la razón intelectual, hizo crisis en forma álgida durante la Revolución francesa, experimentó un cierto remanso con el intento de vuelta al “antiguo régimen”, y cuajó en Francia cuando, a comienzos del siglo XX, el Estado republicano se declaró laico. Pero todavía en la primera mitad del mismo siglo hubo eximios representantes de una literatura preocupada por la fe y la Iglesia (François Mauriac, Graham Greene, Georges Bernanos, Gilbert Keith Chesterton, entre otros), así como grandes artistas dedicados a lo cristiano, o al menos a lo sagrado, como Gaudí, Le Corbusier o Rouault. Desde otro punto de vista, se puede considerar preocupación por la fe la de Albert Camus o Jean Paul Sartre, e incluso la de Bertolt Brecht, preocupados con la fe y resueltos por el ateísmo desde los dramas de los tremendos *impasses* humanos del mal. Hoy, desde el 68 tal vez, como Benedicto afirma, esa preocupación ha dejado de ser ya cuestión de minorías. El ateísmo de minorías intelectuales se ha vuelto una cuestión de mayorías populares, puesto

que es una cuestión de clases medias a las que, en Europa, el Estado keynesiano del bienestar quiso hacer mayorías y que la crisis actual está amenazando. La desafección de obreros y campesinos era ya mayoritaria desde el siglo XIX, tanto que el papa Pío XI pudo exclamar en su encíclica *Quadragesimo anno*, que “el gran escándalo del siglo XX es que la Iglesia ha perdido a la clase obrera”. El Concilio Vaticano II reconoció con honradez, en el importante número 21 de *Gaudium et spes* (la Constitución pastoral de la Iglesia en el mundo actual), que la Iglesia católica tenía responsabilidad en que eso ocurriera. El papa Ratzinger habla así en la conversación con Seewald:

Para muchos, el ateísmo práctico es hoy la regla normal de vida. Se piensa que tal vez haya algo o alguien que en tiempos remotísimos dio un impulso inicial al mundo, pero ese ser no nos incumbe en absoluto. Si esa postura se convierte en la actitud general en la vida, la libertad no tiene ya más parámetros, todo es posible y todo está permitido. (LM 62.)

### **Benedicto XVI, Benito, la recristianización de Europa**

Como muy bien ha escrito Martha Zechmeister, C.J., austríaca, profesora de teología en la UCA, el mismo nombre que eligió, como recién electo papa, el cardenal Ratzinger apunta a la preocupación central de su vida y, por tanto, de su ejercicio del ministerio petrino: Benedicto, es decir Benito. San Benito fue quien intentó reconstruir en Europa occidental la cristiandad arrasada por las invasiones de los pueblos del Este y del Norte. Por eso insistió tanto en las raíces cristianas de la cultura occidental y en la necesidad de que eso fuera reconocido en el preámbulo de la Constitución —rechazada en varios referendos— de la Unión Europea, así como luego en la Carta de Lisboa. Hablando con Seewald del progresivo “destierro” de los símbolos religiosos de los espacios públicos, Benedicto afirma, respecto del crucifijo:

Si la cruz contuviese una afirmación que resultara incomprensible o inadmisibles para otros, esto sería más susceptible de considerarse. Pero el contenido de la cruz es que Dios mismo es un Dios sufriente, que nos quiere a través de su sufrimiento, que nos ama. Es una afirmación que no agrade a nadie. (LM 67-68.)

El papa Ratzinger ha seguido la tradición del papa Wojtyła y ha visitado países fuera de Europa también: Brasil, México y Cuba, en América Latina (3); Camerún y Angola (2), en África; Turquía, Líbano, Israel y Palestina, y Jordania en el Oriente Medio asiático (5), 10 en total. Las visitas en Europa u otros países del mundo occidental son, sin embargo, más numerosas que las que hizo a cada uno de los otros continentes: tres veces a España; dos a Alemania; una a Francia; una a Gran Bretaña; una a Portugal; una a Estados Unidos; una a Australia; una a Polonia; una a Austria; una a Chequia; una a Malta; una a Chipre (15 en total). Y no hay que despreciar el hecho de que Israel, si bien es pieza crucial del conflicto del Medio Oriente, es al mismo tiempo una incrustación de Occidente en él.

### Las dictaduras políticas y la dictadura del mercado

Hablando sobre la globalización —evidentemente, del capitalismo o de la civilización del capital desde la caída del socialismo realmente existente—, en su tercera encíclica *La caridad en la verdad*, el papa Ratzinger dijo a Seewald:

Más allá de los planes financieros, es indispensable un examen de conciencia a nivel global. La Iglesia ha intentado hacer una aportación con la encíclica *Caritas in veritate*. No se dan allí las respuestas que lo resolverían todo. Pero ya es un paso adelante colocar las cosas en otra perspectiva y no considerarlas solamente desde el punto de vista de la factibilidad material y del éxito, sino desde la perspectiva de que hay una normatividad del amor al prójimo que se orienta por la voluntad de Dios y no por nuestros deseos. En tal sentido, habría que dar impulsos que correspondan a (...) que pueda darse realmente un cambio de conciencia. (LM 61.)

En un momento de su conversación, el papa habla de que el mundo tiene una nueva oportunidad ahora que han caído “las dos grandes dictaduras” (LM 173). Se refería obviamente al nazismo y al marxismo soviético. Pero no habla de la dictadura del mercado, de aquello que su predecesor Pío XI conceptualizó en la encíclica *Quadragesimo anno* como “el imperialismo internacional del dinero”. Y no lo menciona, aunque el análisis de la gran crisis de la globalización en *La caridad en la verdad* le habría dado ocasión para hablar con profundidad de ello; pero mantiene la misma manera de analizar de Juan Pablo II, en *Centesimus annus*, cuando acepta la bondad de un capitalismo civilizado, después de haber hablado también de la recurrencia del “capitalismo salvaje”. El obispo Pedro Casaldáliga se preguntaba si puede existir un capitalismo que no sea salvaje. La interminable guerra de los grandes lagos —el oriente de la República Democrática del Congo, Ruanda y Burundi— por el yacimiento de coltan más grande del mundo —la materia prima principal para los teléfonos celulares— es prueba de este salvajismo, que John Le Carré ha novelado genialmente en *The mission's song*.

### ¿Y la teología de la liberación?

Esta visión analítica, parcial a mi juicio, es lo que lleva al papa Ratzinger a hablar con Seewald de la teología de la liberación rebajándola a la categoría de “un moralismo político” (LM 149). Así se entiende que después de su renuncia haya hablado, según los medios, de la política, como gran calamidad que ha aquejado a la Iglesia, aunque, por otro lado, precisamente al hablar del secularismo, presente también en los países del Tercer Mundo, según los obispos, se pregunte el papa Benedicto “cómo es que cristianos que son personalmente creyentes, no poseen la fuerza para hacer que su fe tenga una mayor eficacia política” (LM 70). ¿No es algo incoherente acusar de moral política a la teología de la liberación y reclamar en los cristianos una mayor eficacia política? Benedicto ha reafirmado,

sin duda, la gran proclamación del documento de los obispos latinoamericanos en Puebla: la opción por los pobres. En su discurso al inaugurar la V Conferencia General de los Obispos Latinoamericanos en Aparecida, llegó incluso a decir, conforme a su talante teológico, que esa opción tiene su fundamento en la opción de Jesucristo, que, según Pablo, “siendo rico se hizo pobre por nosotros, a fin de que nos enriquezcamos con su pobreza” (2 Cor 8, 9). Pero no parece haber aceptado nunca que la teología de la liberación es un modo de repensar desde el amor y la misericordia, a Dios, por ejemplo, como “el gran amante y defensor de los pobres, en los que está ensombrecida y aun escarnecida la imagen y semejanza de Dios” (Puebla 1142), a Jesucristo y su compromiso con los más necesitados (Puebla 1141), al Espíritu Santo, que así ungió a Jesús de Nazaret (Lc 4, 18-21), a la Iglesia, a los sacramentos, a la humanidad, etc., es decir, a toda la fe y la esperanza cristianas. Por no haber visto así a la teología de la liberación, en Brasil, hablando a los periodistas en el avión, les dijo: “La fe en Dios ha animado la vida y la cultura de estos pueblos durante más de cinco siglos. Del encuentro de esa fe con las etnias originarias ha nacido la rica cultura cristiana de este continente (...) formando una gran sintonía en la diversidad de culturas y de lenguas”. Dentro de sus parámetros teológico-culturales de la relación entre la fe y la cultura en Europa, no cabía hablar de otra manera. Sin embargo, movido por la fuerte reacción en América Latina, el 23 de mayo, 9 días después de su regreso de Brasil a Roma, en la audiencia general de los miércoles, habló de su viaje a Brasil y llamó la atención sobre “los crímenes injustificables” cometidos durante la conquista, la colonización y la cristianización del continente (LM 211). Una rectificación como la que tuvo que afrontar después de que en Ratisbona citara a un emperador teólogo de Constantinopla sobre la guerra santa presuntamente inscrita en el islamismo. No reflexionó, en cambio, sobre la preexistencia de la fe en Dios durante siglos y tal vez milenios en las culturas mesoamericanas, andinas, guaraníes y amazónicas, entre otras.

### **La humanidad del papa y la ambigüedad de esa humanidad**

Cuando son electas para el ministerio petrino, las personas sobre las que cae este servicio y esta carga, no dejan de llevar a su nuevo oficio sus genes, su personalidad, su talante, su educación, etc. El giro —hasta donde lo hubo— del teólogo Joseph Ratzinger entre 1968 y 1972, su modo de anclar, por ejemplo, su tarea como Prefecto de la Congregación para la Doctrina de la Fe, es decir, su énfasis en la verdad concebida preferencialmente como lealtad a cierta tradición doctrinal de la Iglesia, siguió acompañándolo durante los años de obispo de Roma y sucesor de san Pedro. Por ejemplo, la manera de ver la teología de la liberación en 1984, en la Instrucción que elaboró sobre algunos aspectos de ella, y fundamentalmente sobre su presunto contagio de marxismo, lo acompañó durante el ejercicio de su ministerio petrino. 25 años más tarde, defiende todavía exactamente las mismas posiciones. Habla de los peligros de una recepción

acrítica de tesis marxistas con ocasión de la visita “*ad limina*” de obispos brasileños, el 5 de diciembre de 2009:

Sus consecuencias más o menos visibles, hechas de rebelión, división, disenso, ofensa y anarquía, todavía se dejan sentir, creando en vuestras comunidades diocesanas un gran sufrimiento y una grave pérdida de fuerzas vivas. Suplico a todos los que de algún modo se han sentido atraídos, involucrados y afectados en su interior por ciertos principios engañosos de la teología de la liberación, que vuelvan a confrontarse con la mencionada Instrucción, acogiendo la luz benigna que ofrece a manos llenas.

No menciona en cambio la enorme vitalidad cristiana de las comunidades eclesiales de base, e incluso permitió que los textos que sobre ellas votaron la mayoría de los obispos en su quinto encuentro latinoamericano en Aparecida en 2007, fueran modificados después en Roma.

El problema es que la luz de aquella Instrucción haya sido muy ambigua. Muchos gobiernos dictatoriales se sintieron autorizados a perseguir, encarcelando, desterrando, e incluso torturando y asesinando a teólogos insignes, creadores o seguidores de la teología de la liberación, por ejemplo, frei Betto, José Comblin, frei Tito, Ignacio Ellacuría, sus cinco compañeros y las mujeres que aquella noche durmieron en su casa creyendo asegurar su vida. Es notable que Benedicto XVI hable políticamente en su conversación con Seewald solo de dos dictaduras políticas, el nazismo y el socialismo soviético, sin referirse a las dictaduras latinoamericanas de la seguridad nacional, o a las dictaduras africanas, algunas aún vigentes, ni, como hemos dicho, a la dictadura del mercado, principal creadora de miseria y de pobres en el mundo y una de las fuerzas más secularizantes del mundo actual.

Todavía en 2007, Benedicto firmó el “*monitum*” o “aviso” dirigido al teólogo Jon Sobrino, pocos meses antes del comienzo de la Conferencia de Aparecida. Ha seguido sin hacer avanzar el proceso de beatificación de monseñor Óscar A. Romero, arzobispo asesinado de San Salvador, cuyo homicidio mientras celebraba la eucaristía habría sido suficiente para declararlo mártir y, por tanto, santo. Hay que decir que no tomó medidas contra los numerosísimos teólogos, mujeres y hombres, que firmaron críticas serias del *monitum* de la Congregación para la Doctrina de la Fe. También, que en 2006, el largo proceso que había sido entablado a propósito de la producción teológica de Gustavo Gutiérrez fue cerrado sin ningún tipo de consecuencias negativas para él. Benedicto acaba de nombrar en 2012 a Gerhard Ludwig Müller como prefecto de la Congregación, un obispo que emplea sus vacaciones para hacer labor pastoral en los suburbios marginados de Lima y que es amigo del mismo Gustavo Gutiérrez, y ha escrito favorablemente sobre la teología de la liberación. Es cierto, pues, que Benedicto, como papa, ha sido menos intransigente que como Prefecto de la Congregación. El oficio de “servidor de los servidores de Dios” puede influir en las tendencias personales.

### **Posibilidades de ver en la Iglesia las relaciones de género de otra forma**

La religiosa y teóloga brasileña de la liberación, Ivone Gebara, acaba de escribir un artículo en el que, frente a la renuncia de Benedicto y el consecuente cónclave, habla con fuerza de la necesidad de que la Iglesia deje de ser gobernada por una jerarquía gerontocrática, y vaya asumiendo una actitud mucho más abierta al papel de las mujeres en la Iglesia y más serena frente a las cuestiones disputadas alrededor de la moral sexual.

El mismo Benedicto XVI acepta que los preservativos, por ejemplo, pueden ser “para un prostituido, un primer acto de moralización, un primer tramo de responsabilidad” y que “en uno u otro caso pueden ser, en la intención de reducir el peligro de contagio, un primer paso en el camino hacia una sexualidad vivida de forma diferente, hacia una sexualidad más humana” (LM 132). El problema para el papa Benedicto es que algunas de estas cuestiones pertenecerían a la identidad de lo eclesial. Lo dice así en su conversación con Seewald:

Por ejemplo, cuando en nombre de la no discriminación se quiere obligar a la Iglesia católica a modificar su postura frente a la homosexualidad o a la ordenación de mujeres, quiere decir que ella no debe vivir más su propia identidad y que, en lugar de ello, se hace de una abstracta religión negativa un parámetro tiránico al que todo el mundo se tiene que adherir. Esta es, aparentemente, la libertad, ya por el solo hecho de ser la liberación de lo que ha regido hasta el presente. (LM 65.)

E incluso dice que

Si alguien tiene inclinaciones homosexuales profundamente arraigadas —no se sabe hasta ahora si son realmente innatas o si surgen en la temprana infancia—, y en cualquier caso si ellas tienen poder en esa persona, tales inclinaciones son para ella una gran prueba del mismo modo como otras pruebas pueden pesar sobre el ser humano. Pero eso no significa que, por eso, la homosexualidad sea correcta, sino que sigue siendo algo que está contra la esencia de lo que Dios ha querido originalmente. (LM 160-161.)

El inciso del papa Ratzinger no es hoy la opinión más generalizada entre los estudiosos de la sexualidad humana. Es difícil no ver como algo propio de la evolución de la especie, y por tanto como algo fundamentalmente innato, el porcentaje de entre 5 y 10% de la humanidad que presenta ese tipo de sexualidad. Y, si somos creyentes, es difícil no ver esa evolución y sus resultados como parte de la creación de Dios.

### **La identidad de lo eclesial y la identidad cristiana**

A pesar de todo, afirma el papa Ratzinger:

Naturalmente, hay que preguntarse siempre qué cosas, antes hayan sido consideradas como esencialmente cristianas, eran en realidad solo la expresión



de una época determinada. ¿Qué es, pues, lo realmente esencial? Es decir, debemos regresar una y otra vez al Evangelio y a las palabras de la fe para ver, primero, qué forma parte de ello; segundo, qué se modifica legítimamente con el cambio de los tiempos; y tercero, qué no forma parte de ello. (LM 151.)

Sin embargo, la identidad de lo eclesial no parece poder ser diferente a la identidad de lo cristiano. Excepto si se hace de “lo sagrado” el parámetro de lo cristiano. Es lo que uno teme cuando, por ejemplo, se exagera la representación de Jesús en los sacerdotes y se acerca al concepto de lo sagrado en las religiones. Cuando, por ejemplo, *a propósito de los abusos pedófilos*, se habla, en primer lugar, de “sucedidad” y del “sacerdocio enlodado” (LM 36-37), como si estuviéramos en la ley de la pureza, y no de la violación de los derechos humanos. Según Jesús de Nazaret —ya lo hemos citado antes—, todo ser humano es sagrado: “No es el hombre para el sábado, sino el sábado para el hombre”, es decir, la religión es para las personas y no al revés. La religión es, en la historia de la humanidad, inseparable de cualquier fe y, por tanto, también de la fe cristiana. Pero ha de ser una religión al servicio del Evangelio, del reino, y, por eso, de la humanidad; y no un Evangelio al servicio de la religión. Siento que, como también ha dicho el papa Benedicto a Seewald:

Hoy en día, el papa está obligado a intervenir en todo lugar a favor de los derechos humanos: es una consecuencia interior de su fe en la condición del hombre como imagen y semejanza de Dios y de su vocación divina. El papa está obligado a luchar por la paz, contra la violencia y las amenazas de guerra. Desde dentro, está obligado a luchar por la conservación de la naturaleza, a oponerse a la destrucción de la Creación. (LM 33.)

### ¿Quién será el próximo papa?

La verdad es que no lo sabemos. Los analistas vaticanos hablan de cuatro cardenales encabezando las probabilidades: Angelo Scola, Marc Ouellet, Peter Turkson y Odilio Pedro Sherer. Scola (69 años), porque su traslado de Venecia a Milán parece una señal de preferencia del mismo Benedicto hacia él. Normalmente, Venecia es una sede terminal: desde ahí se va a ser obispo de Roma (Pío X, Juan XXIII, Juan Pablo I) o al sepulcro. Y lo mismo Milán (Pío XI, Pablo VI). Ouellet (64 años) fue nombrado por Benedicto hace pocos años, prefecto de la Congregación de Obispos, siendo cardenal arzobispo de Quebec, es americano, aunque canadiense, y ha enseñado en Bogotá. Turkson (62 años), africano nacido en Ghana, preside el Secretariado de Justicia y Paz, al que está adjunto el consejo para las migraciones, y es una persona avanzada. Si los cardenales están dispuestos a dar un salto grande, sería el indicado. Sherer (63) es arzobispo de São Paulo. Dicen que es de orientación “moderada”. También se habla de otro brasileño, João Braz de Aviz (65), actual prefecto de la Congregación de Religiosos e Institutos Seculares; y de Luis Tagle, arzobispo de Manila en

Filipinas, con 55 años, el más joven de los cardenales. Hay otros dos italianos de los que se habla: uno, el presidente de la conferencia de obispos de Italia, Angelo Bagnasco (70 años), arzobispo de Génova; y el otro, el presidente del Consejo Pontificio de la Cultura, Gianfranco Ravasi (71 años). De todas maneras, no siempre se cumple aquello de que quien entra al cónclave como *papabile*, sale como cardenal: Eugenio Pacelli (Pío XII), Giovanni Batista Montini (Pablo VI) y Joseph Ratzinger (Benedicto XVI) son ejemplos de ese incumplimiento. Los tres entraron como favoritos papables y los tres fueron elegidos papa.

En esta hora, el asunto más debatido públicamente es si entrarán al cónclave cardenales que han sido notoriamente implicados en el encubrimiento y, en general, mal manejo, de los casos de abuso sexual a niños: Roger Mahony (Estados Unidos), Sean Brady (Irlanda), Godfried Daneels (Bélgica), Stanislaw Dziwisz (Polonia), Norberto Rivera (México) o Justin Francis Rigali (Estados Unidos). Ya hemos visto lo ocurrido con Keith O'Brien (Escocia).

### **¡Un auténtico seguidor de Jesús el Cristo!**

Lo que está en juego es elegir a un auténtico seguidor de Jesús y no precisamente, *en primer lugar*, a un administrador; elegir a un profeta, defensor y consuelo de los pobres, y no, *en primer lugar*, a una autoridad institucional; elegir a un evangelizador, a un apóstol (que quiere decir enviado), a un discípulo, a un misionero, y no, *en primer lugar*, a un teólogo, a un ambicioso de los primeros puestos en el reino, a un maestro autoritario o a un recreador de la cristiandad.

Por eso, a mi juicio, sin duda, lo más crucial no es que los cardenales elijan a un papa africano, latinoamericano, norteamericano, asiático o europeo. Sino *que elijan a un auténtico seguidor de Jesús de Nazaret, el Cristo*. Como dice José Comblin en su libro póstumo *El Espíritu Santo y la tradición de Jesús*, existen dos modos de entender la tradición: uno es la tradición religiosa, que incluye la doctrina, y otro la tradición del seguimiento, la tradición de las personas santas, proféticas y renovadoras, como Francisco de Asís, por no citar sino al más venerado de todos. Incluso Benedicto no puede cristianamente soñar otra cosa: “La traducción intelectual presupone la traducción existencial. En tal sentido, son los santos los que viven el ser cristiano en el presente y en el futuro, y a partir de su existencia, el Cristo que viene”, desde su Resurrección, “puede también traducirse de modo de hacerse presente en el horizonte de comprensión del mundo secular” (LM 77). En la Iglesia de hoy, necesitamos como papa a un santo, audaz, profeta, y no a un anciano. A menos que queramos, como dice frei Betto, que lo único que cambie con la elección sea el rostro y el nombre en los carteles de publicidad para la jornada mundial de la juventud este año en Río de Janeiro.